

Militancia de partido en la cultura política de la transición.

El caso de la UCD.

Manuel Ortiz Heras

UCLM-SEFT

Fecha de aceptación definitiva: 21 de diciembre de 2012

Resumen: Este trabajo propone revisar los procedimientos que se siguieron en la Transición española para construir una ciudadanía democrática y nuevos hábitos de participación a partir de la organización de un partido político. Se alcanzaron ciertos valores de aquella y se pergeñó una democracia que no primó las fórmulas de participación más activas, lo que puede llegar a afectar a la versión hegemónica de la Transición. Esta propuesta se centrará en una parte importante de la sociedad civil que actuará con distintos grados de intensidad en la construcción de un proyecto político que acabaría convirtiéndose en partido. Una formación, la Unión de Centro Democrático, que pasó de una vaga posibilidad a una firme realidad y pieza clave de la primera fase de la Transición. Supuso la construcción de un modelo de cultura política elitista, de ciudadanía política poco participativa, fundamental para entender las fortalezas y debilidades de un modelo de democracia controlada por un partido muy burocratizado y jerarquizado que preconizaba la moderación reformista como vía hacia la modernización.

Palabras clave: Transición, democratización, cultura política, partido político, UCD.

Abstract: This paper suggests revising the process followed on the Spanish Transition to build a democratic citizenship and new participative habits since the organization of a political party. Some values of that kind of citizenship were achieved, but it was obtained a democracy that doesn't give priority to the most active and participative way and so it may affect the hegemonic version of the Transition. This proposal will focus in an important part of the civil society that it will act with different intensity on the building of a political project that finally becomes a political party. A party, the Unión de Centro Democrático, which changed from a vague chance into a firm reality and key element during the first stage of the Transition. It supposed the building of an elitist political culture model, a kind of less participative citizenship, fundamental to understand the strengths and weaknesses of a model of democracy controlled by a bureaucratic and hierarchical party that suggested the reformist moderation as a channel to modernization.

Key words: Transition, democratization, political culture, political party, UCD.

Este trabajo propone revisar los procedimientos que se siguieron en la Transición española para construir una ciudadanía democrática y nuevos hábitos de participación a partir de la organización de un partido político. Desde el antifranquismo y a través de un heterogéneo asociacionismo, trabajadores, estudiantes, intelectuales, curas, mujeres comprometidas, etcétera, habían ido aprendiendo fórmulas de intervención activa y reclamando su reconocimiento. Fue así cómo, mucho antes de la apertura oficial del país en aras de una todavía indefinida democratización con la Ley de Reforma Política, muchos españoles fueron “construyendo” una ciudadanía política. Se alcanzaron ciertos valores de aquella y se pergeñó una democracia que no primó las fórmulas de participación más activas, lo que puede llegar a afectar a la versión “canónica o inmaculada” de la Transición, que desde comienzos de los años ochenta se ha venido imponiendo¹.

Esta propuesta se centrará en una parte importante de la sociedad civil que actuará con distintos grados de intensidad en la construcción de un proyecto político que acabaría convirtiéndose en partido, al menos formalmente. Una formación, la Unión de Centro Democrático, que contra todo pronóstico consiguió, en muy poco espacio de tiempo, pasar de una vaga posibilidad a una firme realidad que se erigió en pieza clave de la primera fase de la Transición. Ser el partido del gobierno durante seis años sirvió, entre otras cosas, para configurar un sistema que si nació con la vitola de provisional, al cabo de los años, se ha consolidado y señalado por muchos como uno de los principales problemas del actual sistema político español.

La UCD fue un partido que se hizo desde el poder para continuar la labor que el gobierno designado por Adolfo Suárez a instancias del Rey Juan Carlos había iniciado, especialmente, con la demolición “legal” del aparato institucional franquista y con la convocatoria de las primeras elecciones generales. Se trataba de garantizar que “el procedimiento para el acceso al poder -aunque sea de un partido franquista- se realice con escrupulosidad democrática”². Respondió a una necesidad urgente de avanzar en la consolidación de una coalición de pequeñas fuerzas políticas aglutinadas alrededor del liderazgo de un político que ocupaba la presidencia del gobierno. La ley electoral de marzo de 1977, además de favorecer a las zonas rurales, impulsaba un modelo bipartidista con el sistema D’Hont, lo cual pesó también en el ánimo de las diferentes sensibilidades e ideologías que acabaron por confluír en UCD conscientes de que por separado sus posibilidades se reducirían de manera considerable. Se trataba de un proyecto que tardó mucho tiempo, tal vez demasiado, en atender a sus bases, en cuidar y movilizar la militan-

¹ VIDAL BENEYTO, J.: *Memoria democrática*, Madrid, FOCA, 2007. RADCLIFF, P.: *Making democratic citizens in Spain*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2011.

² DE LA CUADRA, B.: *El País*, 18-IX-1976.

cia a costa de olvidar los importantes problemas ideológicos y de baronías que le llevarían a su crisis final³. Precisamente por esta falta de sensibilidad creemos que puede resultar muy relevante atender su genética y comprobar la relación que se estableció con sus votantes, sus simpatizantes e incluso con las clases medias que formaban parte del organigrama político. La materialización del partido acarreó la construcción de un modelo de cultura política elitista, de ciudadanía política poco participativa, que a la postre se mostraría fundamental para entender las fortalezas y debilidades de un modelo de democracia controlada por un partido muy burocratizado y jerarquizado que preconizaba la moderación reformista como vía hacia la modernización.

El colectivo SAGATO explicaba con mucha precisión cuál había sido la evolución de la organización en Albacete para su puesta en marcha de cara a las elecciones generales de junio de 1977 insistiendo mucho en su presentación con “una nueva imagen” y su condición “gubernamental”:

Su éxito fue el colocar en sus listas electorales a personas desconocidas, jóvenes, o discretamente relacionadas con la Dictadura, pero que enseguida actuaron con decisión presentándose como el partido del Gobierno. Así pues utilizaron todos los resortes del poder, como se hacía en el antiguo régimen, pero tuvieron la sagacidad de presentarse ante el pueblo con una nueva imagen... UCD ha barrido los votos de todos aquellos pueblos de clara y tradicional influencia de la autoridad gubernativa sobre ellos. Son votos que se han dado no a un partido, no a una ideología, no a un programa. Son votos que se han dado sencillamente al Gobierno.⁴

Este análisis demuestra que ya entonces se tenía esa idea de UCD como instrumento ad hoc para protagonizar el cambio político con todos los defectos que, a su vez, se ponían de manifiesto: el gran partido conservador para consolidar un proceso histórico en ciernes. En la instauración de este modelo de democracia liberal parlamentaria influyó sobremanera la Europa de nuestro entorno, donde la acción de los movimientos sociales había ido cediendo terreno de forma casi absoluta a los partidos políticos que se hicieron así con el grueso de la actividad política. Desde luego, a esto también contribuyeron los partidos de la izquierda⁵.

³ El desarrollo del partido se produjo a comienzos de 1978. En febrero ya tenía un comité por provincia, 1.300 comités locales y 40.000 militantes. Todo ello al calor de una campaña publicitaria con el eslogan de “UCD en marcha”. ALONSO CASTRILLO, S.: *La apuesta del centro. Historia de la UCD*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, p. 268. HUNEEUS, C.: *La Unión de Centro Democrático y la transición a la democracia en España*, Madrid, CIS-Siglo XXI, 1985, p. 214.

⁴ *La Verdad*, 10-VII-1977. LEÓN CASAS, J.: *Sagato y el renacimiento de la cultura democrática en Albacete (1976-1979)*, TFM, Facultad de Humanidades de Albacete. Septiembre de 2012.

⁵ PAGNUCCO, R.: “The comparative study of social movements and democratization”, *Research in social movements*, 18 (1995), pp. 143-174.

Lugares comunes: el partido de la Transición

Hasta aquí, unas pocas aunque solventes investigaciones “desde arriba” sobre la UCD han establecido una serie de líneas definitorias que, por ahora, apenas han sido refutadas o simplemente contrastadas con investigaciones realizadas desde la periferia del poder central, es decir, desde las provincias y las regiones⁶.

Así las cosas, parece sumamente interesante analizar todos los movimientos que se dieron para organizar la que, finalmente, sería la candidatura que triunfase en las dos primeras convocatorias generales. Aunque la teoría, otra vez, sugiere cierta facilidad para levantar ese espacio político, porque “hoy por hoy, ese centro... tiene la mayor clientela del país”, lo cierto es que desde muy pronto se dibujaban algunos problemas como la dificultad de entendimiento entre tantos y tan diferentes grupos con escasa o nula experiencia —se hablaba de *partidos taxi*—, la captación de una clase media “indolente o despolitizada”, y la elaboración de un programa⁷.

Con independencia de elementos anteriores, tal vez los orígenes más certeros del partido se encuentren en el reformismo de los Tácitos y Fedisa, amén de liberales y regionalistas de variada procedencia, en su mayoría militantes de una heterogénea democracia-cristiana, que no excluía a ciertos socialdemócratas. En suma, una reducida élite que había dado lugar a una primera formación en noviembre de 1976 que se presentó a la opinión pública como Partido Popular. Se trataba, en realidad, de apenas “sesenta personalidades” entre “profesionales liberales, en su mayor parte diplomáticos, catedráticos, abogados del Estado, economistas, letrados del Consejo de Estado y notarios”, sobre los que destacaban las figuras de José María de Areilza y Pío Cabanillas. Se declaraban como “partido aconfesional, inspirado en el humanismo europeo y en un criterio abierto y democrático, con ánimo de extenderse como elemento de contrapeso y equilibrio entre los sectores que integran a la derecha, la Alianza Popular y los que a su izquierda constituyen los socialismos de inspiración marxista”⁸. En febrero de 1977, un Congreso los convirtió en Centro Democrático con vocación de coalición electoral que aglutinara a la mayoría de partidos centristas. Muy poco tiempo después, lanzada ya la “operación centro” desde el gobierno y sus más inmediatos aledaños tendría lugar la “defenestración” del Conde de Motrico para dejar expedito el liderazgo a Suárez⁹. Sin embargo, y como trataré de demostrar a continuación, todo ello no les privó de lo que terminaría siendo un problema estructural que caracterizaría a la

⁶ ORTIZ HERAS, M.: “Un partido político para la reforma: la UCD de Adolfo Suárez (1976-1982)”, en R. Quirosa, (ed.): *Los partidos en la Transición*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, pp. 185-200.

⁷ PAPELL, A.: *El País*, 22-VII-1976.

⁸ *El País*, 12-XI-1976. ABC se hacía eco de la definición de Areilza a la nueva formación como “fórmula política intermedia que evite los antagonismos”. 2-XII-1976.

⁹ “El presidente Suárez quiere dirigir un centro unificado”, *El País*, 26-III-1977.

propia UCD: su débil arquitectura. Los recursos, es decir, la financiación llegaría más tarde –fueron decisivas las gestiones del propio monarca-, mientras que lo demás siempre supuso un hándicap con respecto a, por ejemplo, la entidad que ofrecían las formaciones de izquierda. Desde luego, en el ámbito local los recursos brillaron por su ausencia y fueron estos pioneros los que tendrían que correr con los escasos costes de la primera etapa: la puesta en marcha de una modesta sede, los gastos de desplazamiento, la publicidad, etcétera. Dado que en los primeros meses se descuidó mucho el objetivo de la militancia y que las cuotas tardaron también en ser establecidas, los recursos de la organización corrían a cargo de los propios promotores¹⁰. Ya que se trataba siempre de movimientos cupulares, las primeras noticias que la prensa local de Albacete recoge acerca de la puesta en marcha de la UCD han de esperar a abril/mayo de 1977 cuando uno de los redactores efectúa unas entrevistas a quien terminaría presentándose como candidato por estas siglas, lo que, por otra parte, demuestra la tardía puesta en marcha de esta experiencia en las provincias, que responde a “una operación política de último momento”¹¹.

El denominador común de los testimonios recogidos en nuestra investigación confirma la dudosa y discutible condición de partido de aquella organización, siguiendo una definición más o menos convencional. De hecho, entre los socios fundadores dominaba la idea de que la organización se debía limitar a apoyar la gestión gubernamental, “invernando entre las elecciones”¹². Además de la pequeña cantidad de individuos que se agruparon, sus heterogéneos puntos de vista apenas daban para elaborar un programa político más allá de ambiguos pronunciamientos favorables al establecimiento de un sistema democrático. En este sentido, quien fuera senador por Albacete en la primera legislatura, Luis Piñero, reconocía que “en aquel momento tenía un popurrí mental que no me podía definir, me defino como liberal (sic), no he sido nunca de extrema derecha, tampoco he pertenecido al Partido Popular aunque pude haberlo hecho”; asimismo, confesaba que “en esa época no nos dedicábamos a debates ideológicos de ningún tipo, sino a explicar aquello que nos daban. Yo no me preocupé jamás por el tema del divorcio o de la pena de muerte, no se discutieron dentro del partido, esas cosas no las planteábamos, cada

¹⁰ El comité provincial de UCD en Albacete decidió la aprobación de bonos como medio alternativo de financiación del partido. Acta de 25/10/1977. Archivo Privado de Ismael Piñero. En esos días, uno de los diputados electos confesaba que estaban “relanzando a nivel local y provincial la UCD” porque querían saber “con qué base contamos”. *La Verdad*, 30-X-1977.

¹¹ *La Verdad*, 15-V-1977. HUNEEUS, C.: *La Unión de Centro Democrático y la transición a la democracia en España*, p. 133. El Partido Popular celebró en Albacete su primer acto político con un “corto número de personalidades” en un céntrico hotel de la capital el día 31/3/1977. Archivo de Ismael Piñero, hermano de Luis Piñero y prestigioso ginecólogo albaceteño que jugó un destacado papel en la organización provincial.

¹² ALONSO CASTRILLO, S.: *La apuesta del centro. Historia de la UCD*, p. 263.

uno explicaba las cosas según le venía cuando íbamos a los pueblos, debatíamos y discutíamos, pero no teníamos una doctrina absoluta”¹³. Y, sobre todo, estaba muy extendida la idea de que “UCD no era un partido, UCD era una serie de “Quijotes”, que no sabíamos lo que llevábamos entre manos”¹⁴ ya que ni siquiera “buscábamos militantes”¹⁵, a pesar de lo cual se alcanzaría una notable afiliación sin mediar una auténtica programación para la formación y capacitación de los dirigentes¹⁶.

Otra evidencia recurrente tiene que ver con el liderazgo de Suárez, algo difícil de cuantificar pero que jugó un papel decisivo en los primeros comicios, a lo que suele añadirse la red de comunicaciones que permitía el control del Estado basada en la antigua estructura del Movimiento y los Gobernadores Civiles. No obstante, aunque esto pueda parecer más una obviedad dada la dependencia de estos con respecto al jefe del ejecutivo, comprobamos que aquellos poncios que procedían de un falangismo convicto, como podía ser el caso de Moisés Arrimadas en Albacete, no alentaron estos movimientos porque se sentían mucho más próximos a los generados por la Alianza Popular de Manuel Fraga¹⁷.

De aquí también la importancia del Ministerio de Interior, con Rodolfo Martín Villa a la cabeza, que ponía toda la burocracia al servicio de un proyecto político, o, al menos, eso era lo que algunos críticos les echaban en cara con la intención de deslegitimar aquella aventura¹⁸. Obviamente, los elegidos por el ministro eran, además de destacados personajes de la vida social local, políticos en ejercicio que podían aportar también una especie de “efecto llamada” entre los propios vecinos al encabezar listas electorales que gozaban de la vitola de “oficialistas”. Así lo relata el propio alcalde, entonces, de Albacete, Ramón Bello Bañón en sus memorias¹⁹. En otras ocasiones, la convocatoria sería efectuada de manera interpuesta por el Gobernador Civil, figura que sufriría una importante renovación después de las elecciones de junio de 1977²⁰. En esta provincia el falangista

¹³ Entrevista a Luis Piñero. 2/7/2012.

¹⁴ Entrevista a Tomás Mancebo, concejal de UCD en las primeras elecciones municipales. 13/7/2012.

¹⁵ Ismael Piñero. Entrevista de 30/10/2012.

¹⁶ HUNEEUS, C.: *La Unión de Centro Democrático y la transición a la democracia en España*, p. 236.

¹⁷ Según José Luis Moreno “el aparato del Estado no estaba con UCD, los gobernadores estaban con AP y no con Suárez”. Entrevista de 25/5/2012.

¹⁸ ROMERO, E.: *La democracia a la española. El discreto impertinente*, Barcelona, Planeta, 1978. P. 123.

¹⁹ “El ministro del Interior, Rodolfo Martín Villa, al que conocía por mi cargo de alcalde, me ofreció, en llamada personal, un puesto destacado en la candidatura al Congreso de los Diputados, dentro de las siglas de UCD”. BELLO BAÑÓN, R.: *Los caminos del tiempo*, Albacete, 2012, p. 216. Una visión más crítica en MARTÍN GARCÍA, O.J.: *Albacete en transición*, Albacete, IEA, 200., pp. 85-208.

²⁰ Martín Villa reconoció que “de no haber sido por las instituciones provinciales, las listas de la UCD no habían podido cerrarse en buena parte de España”. Véase *Al servicio del Estado*, Barcelona, Planeta, 1984, pp. 78 y 131-132. El “baile” de gobernadores fue muy frecuente en estas fechas como, por ejemplo, se pone de manifiesto en *El País*, 11-VIII-1976.

Moisés Arrimadas sería relevado por Juan José Barco militante ya de la coalición²¹. Después del primer triunfo electoral, el gobierno de la UCD hizo especial hincapié en reforzar su legitimidad democrática exigiendo a los gobernadores civiles “una perfecta síntesis entre partido y gobierno” ya que la formación ganadora no sólo tenía “autoridad legítima o legal, sino también autoridad moral”²².

Estas aparentes contradicciones nos llevan a suponer también auténticas luchas personales por ocupar un presumible poder que se intuía al alcance de la mano. En la práctica, el conocimiento de la vida política local y la trayectoria de algunos de los “postulantes” del momento nos permiten sugerir esta vía de investigación dadas las escasas diferencias ideológicas que, a priori, les podían separar. Es decir, estar en unas listas o en otras era, seguramente, más fruto de las relaciones personales y las apuestas de cada cual a partir de la percepción subjetiva del escenario político. De hecho, figuras del tardofranquismo local usaron la fórmula de agrupaciones independientes que proyectaban un discurso personalista, apolítico y más cercano al ciudadano que restaron buen número de concejales y alcaldes a la UCD en las primeras elecciones municipales, sobre todo en el medio rural. Algunas desavenencias de carácter personal llevaron a que ciertos personajes del momento acusaran la política del “palo y la zanahoria” que la UCD dispensaba a los consistorios. Así, Abelardo Sánchez, último alcalde de la administración franquista en Albacete, llegaría a denunciar que “lo que quieren es quemarnos para que los señoritos de la UCD ocupen estos sillones”²³. Y es que la UCD apostó por el aplazamiento de las municipales después del 15-J dando pie a la continuidad de las caducas corporaciones franquistas y, por ende, a evitar una más rápida renovación de los mecanismos y resortes gubernamentales que quedaban en las instituciones locales y provinciales desde las que controlaban el poder con fórmulas autocráticas o al menos claramente pre democráticas. Esta actitud permitía al partido del gobierno ralentizar el triunfo de las candidaturas de izquierda, como apuntaban los informes que los gobernadores recabaron. El gobierno de UCD utilizó a sus gobiernos civiles como canales privilegiados de información para pulsar la situación de la calle, de los pueblos o de sus rivales políticos, a través de la elaboración de informes muy exhaustivos²⁴.

La administración del Estado jugó siempre a favor de la expansión organizativa del partido lo cual no tenía que pasar ineludiblemente por “fichar” a la elite franquista local. Todos aquellos que se integraron en la formación, incluso en las

²¹ El cambio se produjo en mayo de 1978. El director de *La Verdad* lo calificaba de “hombre joven de UCD, de la nueva hornada”. 3-V-1978.

²² Instrucciones reservadas del Ministerio del Interior a los Gobernadores Civiles. (3/10/1977) AHPA.

²³ *La Verdad*, 7-VII-1977.

²⁴ AHPA, GC, caja 32225.

semanas previas a las elecciones de junio del 77, sabían que lo hacían en el partido que estaba conformándose desde el propio gobierno, lo cual les daba opciones de “acercarse al poder”²⁵. En realidad lo que hacía prever tan buenos resultados eran los múltiples sondeos de opinión que se hacían por entonces y que dejaban ver una mayoritaria predisposición de los votantes por candidaturas moderadas, en lo que influía también que la edad para poder votar evitara hacerlo a los jóvenes de entre 18 y 21 años. Asimismo, coadyuvó el control de gran parte de los medios de comunicación por parte del propio gobierno convocante y participante.

Con UCD se trató de poner en marcha una plataforma que sirviera para superar la adscripción política de los españoles “en función de su relación con el franquismo”. Un lugar donde importaba menos el pasado que el futuro, donde se pudiera partir de cero intentado acuñar así el verdadero espíritu de reconciliación de la Transición, que, sin duda, se pretendía autentificar desde el gobierno. Esta idea es la que subyace en la mentalidad y el comportamiento de aquellos que se alinearon con las filas ucedistas en los primeros momentos de la Transición y que tienen para sí un irrevocable sentido de importante contribución al cambio político donde se mezclan hasta la confusión los conceptos de legalidad y legitimidad²⁶.

Tal vez una de las publicaciones científicas que mejor haya podido representar esta idea sea la elaborada por Alonso Castrillo. Se trataría de la apropiación del proceso de la Transición por parte de quienes estuvieron en la UCD, directa o indirectamente, o de quienes, simplemente, atribuyen a dicha organización el exclusivo protagonismo del mismo porque “en un concierto no es lo mismo formar parte de la orquesta, por no decir haber compuesto o improvisado la música, que estar en el auditorio donde muchos aplauden y algunos abuchean, pretendiendo a posteriori haber escrito la partitura”²⁷, en la línea hegemónica que explica aquel tiempo desde el liderazgo de unos pocos.

Otra idea ampliamente compartida por los especialistas consiste en subrayar las carencias que supondría no compartir, con suficiente arraigo, un proyecto ideológico por tan heterogéneo magma genético que se sumaría al hecho de que tampoco existía una organización partidaria como tal. Las críticas por la heterogeneidad ideológica de UCD no fueron unánimes y procedieron sobre todo de la derecha. Por el contrario, sería valorada positivamente por algunos conspicuos actores y observadores como “la aportación más notable del

²⁵ HOPKIN, J.: *El partido de la transición: ascenso y caída de la UCD*, Madrid, Acento, 1999, p.132. “En Galicia UCD consiguió reclutar el 80% de sus representantes fuera de la elite franquista del gobierno local”.

²⁶ BELLO, R.: *Los caminos del tiempo*, p. 216.

²⁷ ALONSO CASTRILLO, S.: *La apuesta del centro. Historia de la UCD*, pp. 24-29.

partido”²⁸. En todo caso, la carencia de un verdadero programa, en particular para las generales del 77, no significó desde luego ausencia de objetivos ni de estrategia política.

Es muy interesante comprobar que los grandes debates ideológicos, que siempre han destacado desde la élite entre quienes acabaron por componer la coalición primero y el partido más tarde de UCD, no siempre se manifestaron entre sus representantes locales, algunos de los cuales las minimizaban o las consideraban diferencias “de matiz ante las que todos tienen que ceder” y que, en todo caso, deberían ser resueltas en los congresos provinciales²⁹. Importaba más la estrategia, el cálculo electoral. Se daban consignas que apelaban a un espacio político propio que supusiera un lugar de encuentro para quienes no estaban dispuestos a alinearse con “el continuismo” pero tampoco con la alternativa más poderosa, a priori, que definían como “la revolución marxista”³⁰, porque era mucho mejor ir paso a paso “conscientes de que un cambio brusco en nuestra sociedad plantearía difíciles problemas”³¹. En definitiva, a falta de un mayor nivel de definición ideológica siempre estaban las socorridas apelaciones a la honestidad y las condiciones dialogantes y democráticas. Aunque lo que más rédito daba era la apelación a la condición moderada de quienes acabarían apareciendo en sus listas³².

En los ya estudios clásicos sobre la UCD se hace poco énfasis en la escasa identificación del partido con el electorado, más allá de la fidelidad a un liderazgo³³. Por eso, transcurridos los años, algunos pioneros de aquella empresa manifiestan su decepción en estos términos: “Para mucha gente de mi generación lo que pasó con UCD nos dejó un sentimiento de frustración. Yo me creí que íbamos a crear un partido y no un simple aparato de poder”³⁴. Como veremos después, es la idea que anticipa un incipiente desencanto entre los militantes más conservadores.

Por último, en esta sucesión de “axiomas” indiscutidos, se suele subrayar como uno de sus principales talones de Aquiles la dificultad para definir la identidad nacional, de conformar un modelo de organización territorial y de afrontar la descentralización administrativa y, por ende, la necesidad de dotar a la organiza-

²⁸ VIDAL BENEYTO, J. en *El País*, 12-V-1978.

²⁹ Según Ismael Piñero, en España las diferencias ideológicas entre el Humanismo Cristiano, la socialdemocracia y el liberalismo social son mínimas a diferencia de lo que pudiera pasar en Europa. Boletín interno nº 4 (abril de 1978) de la UCD de Albacete.

³⁰ *La Verdad* (26-IV-1977). José Luis Rodríguez, líder de la Federación de partidos demócratas y liberales en Albacete y director de Radio Juventud de Almansa.

³¹ Francisco Ruiz Risueño, secretario de la Junta provincial de CD definía a su grupo como “social-liberal y de talante democrático”. *La Verdad*, 30-IV-1977.

³² José Luis Moreno se presentaba de independiente en las listas como opción “moderada, democrática, honesta, dialogante y pragmática”. *La Verdad*, 7 y 15-V-1977.

³³ MOYA MORENO, A.: en *El País*, 27-XII-1977.

³⁴ Artículo dedicado a Arturo Moya en *El País*, 22-VI-1987.

ción de una estructura apropiada para atender el naciente mapa autonómico³⁵. De hecho aunque la UCD, en el artículo 1º de sus estatutos, dejó claro que el nivel regional era uno de los tres pilares de su organización, sin embargo, un estudio de su organigrama nos muestra que “la provincia seguía siendo el eje fundamental de la estructura ucedista”³⁶. Al mismo tiempo que se abogaba por la búsqueda de una identidad regional propia, al socaire de las reivindicaciones de las llamadas comunidades históricas, se aseguraba que “el futuro estará en las Diputaciones, en la potenciación política de estas corporaciones provinciales”³⁷.

En una comunidad como la castellano-manchega de difícil arraigo por su evidente carácter artificial, las dificultades para la materialización de un proyecto político de esta naturaleza se hicieron especialmente tan evidentes que afectaron a una casi inexistente UCD regional reflejándose en la complicada primera singladura de la propia Autonomía³⁸. Los conflictos territoriales impidieron una mayor cohesión de la organización territorial y se agudizaron a raíz del proceso autonómico. Sin embargo, a falta de un plan preconcebido, las reacciones de los representantes ucedistas de la futura Autonomía no generaron tensiones importantes al partido a pesar de la dificultad de algunos asuntos como podían ser la inclusión de Madrid, la presencia de Guadalajara o la definición de Albacete³⁹. En esta última un diputado electo por UCD dejaba ver con claridad su concepción del nuevo horizonte administrativo con la intención de romper definitivamente su relación con Murcia:

Todos los albaceteños tenemos conciencia de tales y propugnamos y propugnaremos la solución unitaria –que no uniforme– de nuestros problemas; lo contrario sería un suicidio político y un egoísmo histórico... La provincia de Albacete necesita constituirse como región por motivos de legítima defensa frente a las demás regiones y frente al centralismo absorbente y trasnochado de Madrid⁴⁰.

En aquellas regiones donde el peso de lo rural era mayor el discurso de los ucedistas supo valorar los problemas y desajustes estructurales del campo y relacionarlos con la escasa capacidad de presión de la región en los grandes centros

³⁵ SÁNCHEZ CORNEJO, D.: “La Unión de Centro Democrático y la idea de España: la problemática elaboración de un discurso nacionalista para un contexto democrático”, *Historia del Presente*, 13 (2009), pp. 7-20.

³⁶ GONZÁLEZ CLAVERO, M.: *Fuerzas políticas en el proceso autonómico de Castilla-León (1975-1983)*, Tesis doctoral. Valladolid, 2002.

³⁷ Declaraciones a *La Verdad* del presidente del comité provincial de UCD en Albacete. 10-VII-1977.

³⁸ A las primeras reuniones para poner en pie el ente autonómico acudían los representantes ucedistas “de las cinco provincias”, es decir, cada uno por su circunscripción ajenos a una mínima disciplina de partido. El primer congreso regional se celebró en marzo de 1982. Véase CASTELLANOS LÓPEZ, J.A.: *La transición democrática en Castilla-La Mancha (1976-1983)*, CES, Toledo, 2007, p. 287-290.

³⁹ HOPKIN, J.: *El partido de la transición: ascenso y caída de la UCD*, p. 182.

⁴⁰ RUIZ RISUEÑO, F., en *La Verdad*, 22-VII-1977.

de poder. Ciertos eslóganes regionalistas trascendieron así el ámbito agrario para conectar con las demandas de autonomía, a veces desde posturas victimistas. Protestaban recurrentemente contra una pretendida discriminación donde se encontraban las causas del subdesarrollo económico regional y con el que percibieron a menudo un buen rédito electoral⁴¹. Fue una operación de relegitimación democrática bajo el eslogan y los símbolos que representaban los intereses del territorio definido ahora como “autonomía” que, en cualquier caso, se hicieron sin contar con los castellano-manchegos ni con las bases del partido⁴².

La militancia política en una nueva organización política

Apostamos por una línea de investigación que profundice sus esfuerzos o, más bien, los focalice, en la organización territorial del partido, en la configuración de las candidaturas a niveles provinciales para conocer los orígenes sociales e ideológicos de aquel engendro de partido. Un trabajo más profundo que el realizado por Hopkin cuando establecía las categorías de “control indirecto, directo o mitigado” para referirse al dominio por parte del suarismo de las candidaturas de 1977, que a estas alturas se nos antoja insuficiente para comprender mejor el funcionamiento interno de la organización⁴³.

En fin, una historia desde abajo que parta de la composición del partido de cara a las primeras elecciones generales, en junio de 1977, aunque hubiese que esperar algunos meses, a la primavera de 1978 para que se hiciera “urgente la organización del partido”⁴⁴. En realidad, después del triunfo en las primeras generales encontramos evidencias del “relanzamiento” de la organización a niveles locales y provinciales que permiten hablar ya de un número significativo de militantes y afiliados⁴⁵. En esa misma línea cabe mencionar la iniciativa de la Secretaría de Organizaciones Cívicas de UCD para crear unas asociaciones propias, las Unidades de Acción Ciudadana, con el objetivo de “captar y resolver los problemas de toda índole que afecten a la comunidad”. La idea era crear una por provincia que, a su vez, podría dar lugar a delegaciones municipales, de barrio o de distrito⁴⁶.

⁴¹ SABIO ALCUTÉN, A.: “Cultivadores de democracia. Politización campesina y sindicalismo agrario progresista en España, 1970-1980”, *Historia Agraria*, 38 (2006), pp. 75-102.

⁴² Este discurso no les impedía reconocer que “regionalismo como fruto de conciencia regional en esta zona no se da; más que una región hay que hacer conjunto”. José Luis Moreno a *La Verdad*, 26-II-1978.

⁴³ HOPKIN, J.: *El partido de la transición: ascenso y caída de la UCD*, pp. 77-92.

⁴⁴ HUNNEUS, C.: *La Unión de Centro Democrático y la transición a la democracia en España*, p. 210.

⁴⁵ *La Verdad*, 30-X-1977 y 22-XI-1977, da cuenta de la presencia de 600 militantes y 1.200 afiliados en Albacete.

⁴⁶ Archivo de Ismael Piñero. La secretaría de organizaciones cívicas fue asignada al socialdemócrata Gonzalo Casado. Plantearon actuaciones en cuestiones como la calidad de vida, la especulación del suelo, los grupos profesionales, y, de manera muy especial lo referido a la “subnormalidad”. *El País*, 18-XII-1977.

El común denominador de los integrantes de las primeras listas electorales provinciales es que venían “de fuera” aunque tuvieran más o menos relaciones con el territorio. Lo cierto es que la peculiar génesis ucedista, desde arriba y desde el poder, sin suficiente fuerza en las bases, aunque con una indiscutible y heterogénea militancia, facilitaría que, con la pérdida del poder en las elecciones municipales de 1979 y las generales de 1982, las élites locales conservadoras, ajenas en gran parte a aquel proyecto, crearan sus propios partidos con la crisis de UCD y, luego, con la escasa influencia ejercida en AP o el CDS aspirasen a hacerlo.

Asignatura pendiente es el enfoque contrario al que se ha venido siguiendo. Prevalcen los planteamientos que prestan atención a la puesta en marcha del partido desde arriba y como iniciativa de una elite reformista, en su mayor parte, procedente de las filas del franquismo. Como hemos visto en el apartado anterior, eso ha dado lugar al establecimiento de una serie de premisas construidas a nivel general que se intentan corroborar en los estudios locales y regionales sobre la implantación y crecimiento de UCD. Una de las más recurrentes tiene que ver con las diferencias internas: “La historia de la UCD a nivel provincial fue una historia de lucha de familias. Socialdemócratas, liberales y democristianos hicieron la vida imposible a una coalición que nació dividida, vivió dividida y murió dividida”. Claro que en otros casos, frente a esta elección “por abajo”, se constata una lucha entre facciones “por arriba”, como en Sevilla, Cádiz y Córdoba, donde el líder del Partido Social Liberal Andaluz, Manuel Clavero Arévalo, “logró imponer el criterio de que prevalezcan las listas propuestas por los partidos coaligados en Unión del Centro sobre los *hombres del presidente*”⁴⁷. Urge analizar la segunda fila de la organización, los diputados que fueron un personal político de cooptación, en su mayoría nombrados por la red del Movimiento a instancias del tándem Martín Villa-Suárez⁴⁸. Aunque los integrantes de los demás partidos coaligados resultaron, en general, bien tratados en las candidaturas, no se puede menospreciar la celeridad con la que hubo que proceder en su confección y la capacidad que el gobierno tenía frente a los aspirantes que resultaban poco conocidos entre sus potenciales electores.

La UCD quería ofrecer una imagen totalmente nueva y al margen del régimen franquista... la formación y actuación de determinados “grupos”, las simpatías personales, y las relaciones de amistad, se convirtieron en los factores más habituales para la designación de los grupos dirigentes, incluso más que la propia ideología, la competencia o la capacidad de los individuos⁴⁹.

⁴⁷ CANDELA SEVILLA, V.: “La experiencia democrática del partido de la Transición: la UCD en Alicante (1977-1982)”, *Historia Actual Online*, 14 (Otoño, 2007), pp. 81-95. *El País*, 8-V-1977.

⁴⁸ *El País*, 14-VI-1977. En esta línea se ha apuntado ya la relevancia de los gobernadores y habría que valorar también el papel desempeñado por los delegados provinciales de los diferentes ministerios –como el de Trabajo– que destacaron por la importancia de sus competencias.

⁴⁹ Memoria del Gobierno Civil de Jaén (1977). Archivo General de la Administración (AGA).

De cara a las elecciones municipales el partido confeccionó unas instrucciones en las que se dibujaban las características que los candidatos debían reunir: ser conocidos, incorruptibles, honestos, democráticos, eficaces, conocedores de las cuestiones locales, renovadores, emprendedores y jóvenes –entre treinta y cincuenta años–. Además, debían contrarrestar la idea de inaccesibilidad, corrupción e ineficacia que se tenía de las corporaciones de entonces, debían carecer de historial “autoritario” y ser moderados y combativos⁵⁰. En Albacete se aprecia cierta división entre la línea ideológica marcada por los diputados y senadores –más liberal- y otra representada por la dirección provincial que, en particular, con la proclamación de José Escobar como secretario provincial se decantaba por la socialdemócrata. De hecho, se apostaba por un pacto con el PSOE para formar una mayoría amplia que permitiera “gobernar y consolidar la vida democrática”⁵¹. A mediados del 78 y de cara al I Congreso Nacional, Ferrando –el director del periódico local– advertía del riesgo que esto conllevaba porque “muchos de los ucedistas actuales tendrán que hacer las maletas y decir su adiós definitivo”⁵². La entrada en política de buena parte de los creadores de la marca ucedista en Albacete tiene mucho de sui géneris y dista bastante de las motivaciones actuales. El testimonio de uno de nuestros personajes demuestra la compleja militancia que caracterizaba a muchos:

Antes de que se fundara la UCD aquí en Albacete, ya tuve contactos con grupos políticos. Entonces se formaron los partidos y se formó el PP de Areilza. Y yo por medio de un cuñado mío, quise fundar este partido aquí en Albacete. Entonces que ya no me dedicaba tanto a la profesión, no estaba tan absorto. En casa de mi hermano..., nos buscamos unas cuantas personas y nos reunimos. Quedamos en que yo fuera a Madrid a hablar con el PP. Me recibieron muy bien, y estuvimos hablando. Y entonces me dijeron que había un grupo en Albacete, que había una chica que era de Albacete, Juana Arce. Era del PP porque era muy amiga del alcalde de Madrid. Y nos hicimos amigos. Al cabo de diez o doce días vino a hablarnos del PP. Y al poco tiempo vinieron los liberales de Camuñas⁵³.

También están pendientes de nuevas prospecciones los casos en los que el partido no consiguió aglutinar a candidatos o asociaciones con grandes posibilidades en el marco local, o donde se evidenció al principio una “notoria falta de dirigentes provinciales... y en consecuencia unas dificultades para completar las listas”⁵⁴. El ejemplo de la Agrupación Electoral de Campesinos Leoneses, marca política de la Unión de Campesinos de León, que consiguió tener presencia en

⁵⁰ Archivo privado de José Escobar Jiménez. Secretario Provincial de UCD Albacete. Entrevista de 13/12/2012.

⁵¹ *La Verdad*, 28-V-1978.

⁵² *La Verdad*, 8-VI-1978.

⁵³ Testimonio de Ismael Piñero.

⁵⁴ Memoria del Gobierno Civil de Jaén (1977). AGA.

sesenta municipios y se consolidó como tercera fuerza electoral en número de candidatos tras UCD y PSOE, es un buen exponente que, además, nos sugiere la necesidad de trabajar también con aquellos sindicatos “independientes” que desde este partido se promovieron para contrarrestar la emergente pujanza de las asociaciones agrarias como COAG y UPA más escoradas a planteamientos ideológicos progresistas. Aquellos intentos de potenciar el partido “desde abajo” a través de una estrategia sindical –con la Unión Sindical Obrera (USO), por ejemplo, – fracasaron⁵⁵.

En una España todavía con gran presencia del mundo rural el control de las cámaras agrarias y los procesos electorales que se plantearon en el primer tramo de la Transición fueron determinantes como caladero de votos y candidatos para una formación como la ucedista⁵⁶. Si antes se había planteado su control para frenar al incipiente sindicalismo independiente, después de las municipales el gobierno pensó utilizar las cámaras como “ayuntamientos de los agricultores”. En realidad, ninguna organización agraria escapó a las apetencias de los partidos políticos. El gobierno de UCD intentó capitalizar la cúpula del aparato vertical de provincias y adaptarlos a las nuevas estructuras agrarias. Para ello echó mano de UFADE, cuyos principales representantes procedían del IRYDA y de las Hermandades de Labradores⁵⁷. Sin embargo, UCD no llegó a controlar este espacio y la propia CEOE potenció figuras como la de Miguel Ramírez, candidato al senado en las listas de AP por Albacete. De hecho, la CNAG quedó en manos de AP o de FN⁵⁸. Las elecciones a cámaras contaron con una bajísima participación, elevado número de candidaturas independientes y supusieron el triunfo conservador.

Los estudios efectuados hasta el momento coinciden en señalar que, una vez formadas las primeras candidaturas, el partido fue cada vez menos patrimonio del Centro Democrático o de sus integrantes y más fácil de controlar por parte del suarismo. No obstante, no debemos olvidar el protagonismo de estos personajes que, arropados por el poder local, pretendieron disfrutar de mayor autonomía y gestionaron la crisis del partido en función de sus intereses personales. Aquellos problemas surgidos con motivo de la confección de las listas electorales merecen ser analizados más detenidamente. Así, el Partit Socialdemòcrata de Catalunya, de Jaume Casanovas, excluido de la UCD, “denunció las «manipulaciones de

⁵⁵ *El País*, 18-I-1980. HUNEEUS, C.: *La Unión de Centro Democrático y la transición a la democracia en España*, p. 229.

⁵⁶ “La UCD se ocupaba mucho por el agricultor... En UCD había unas campañas tremendas por tener el poder de las cámaras agrarias, a mí me daban algunos pueblos y yo no tenía ni idea. Y también se tenía mucha fuerza en la Caja Rural”. Entrevista a Tomás Mancebo.

⁵⁷ SABIO ALCUTÉN, A.: “Cultivadores de democracia. Politización campesina y sindicalismo agrario progresista en España, 1970-1980”, p. 91.

⁵⁸ *La Verdad*, 13-VI-1978, “La extrema derecha acaba de ocupar democráticamente la cámara de los agricultores”.

última hora, inaceptables y antidemocráticas», que impidieron la creación de un amplio frente democrático”⁵⁹.

Por el contrario, en el caso de la provincia de Ourense gran parte de las élites locales procedían de los ayuntamientos franquistas. En este ejemplo un político local, Eulogio Gómez Franqueira, había construido una compleja estructura de poder que descansaba en el sistema de cooperativas, la Caja Rural y las Hermanidades de Labradores. A partir de aquí, fundó un pequeño partido que se integraría en la plataforma de UCD desde donde “supo atraerse a un importante porcentaje de los alcaldes que habían presidido los últimos ayuntamientos del franquismo”⁶⁰. Sin embargo, esta situación no se repitió inexorablemente en todos los lugares. En el caso de Albacete constatamos que la clase política franquista, presidente de Diputación, Alcalde..., se enroló en las filas de Alianza Popular o, simplemente, abandonó la política activa con los primeros pasos de la democratización, ocupando las candidaturas ucedistas personal político renovado en la mayoría de los casos, en parte porque “la UCD, era muy endeble, comparándola con lo que había anterior. No se quisieron unir a la UCD, que la UCD hubiera metido a todos. Pero claro la UCD de Albacete no tenía organización, estábamos un poco a nuestro aire, no teníamos disciplina, y claro Fraga ya era un partido hecho”⁶¹. Así las cosas, los primeros políticos propuestos para las elecciones serían Francisco Ruiz Risueño –abogado del Estado-, José Luis Moreno García –delegado de sindicatos en provincias como Toledo o Murcia-, Pedro Romero García y Francisco Fernández Zamora –médico y primer secretario general provincial desde julio de 1977- como candidatos a las generales al congreso y, en el senado, Juana Arce Molina –una de las pioneras procedentes del Partido Popular afincada en Madrid-, Luis Piñero Fernández –profesor de Formación Profesional- y Juan Vázquez Alberich –cuñado de la primera y discutido entre los suyos por su procedencia franquista, también del verticalismo-. Cosa bien distinta fue la composición de lo que podríamos definir como segunda línea de la organización, personas más conocidas entre los vecinos y que pudieron tener mayor protagonismo en la vida municipal. Este podría ser el caso de una concejal por UCD que con toda ingenuidad relataba así su llegada al partido:

¿Cómo se introdujo en la vida política? -De una forma muy sencilla. Mi marido llegó un día y me dijo «te he apuntado a UCD» y yo le dije «¿para qué?». Mi marido trabajaba en Hacienda y había mucha gente allí que estaba en UCD y cuando le ofrecieron a él ir en las listas les dijo que él

⁵⁹ *El País*, “El Centro invertirá 500 millones en la campaña”, 13-V-1977. Un candidato por Castellón reivindicaba su derecho a representar al centro en contra del “rival” elegido para encabezar la lista.

⁶⁰ NÓVOA DOMÍNGUEZ, N.: “La transición local: perspectiva histórica de la continuidad y renovación de las élites políticas en la provincia de Ourense”, en *Ayeres en discusión. X Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, 2009.

⁶¹ Entrevista a Ismael Piñero.

no pero que fuese Conchita. Y todos le preguntaron quien era Conchita y qué preparación tenía. Mi marido les explicó que era su mujer y que tenía los estudios de Magisterio y que además era secretaria de la Asociación de Amas de Casa. Yo no estaba politizada en absoluto pero como en los cargos municipales la política debe imperar menos que los intereses de los ciudadanos, pues a mí me gustó muchísimo⁶².

Este testimonio nos ofrece la posibilidad de analizar esos caminos de la democratización que afectaron a los vecinos -incluidas también las mujeres a quienes se dirigiría una estrategia particular⁶³-, a los ciudadanos que empezaron a ver la política de otra manera porque, como relataba un periodista local, “hasta el momento los plenos municipales sólo contaban con asistencia del pueblo cuando se iba a dar a conocer el cartel taurino de la feria”. Y es que la construcción de la democracia se hizo en aquellos años coincidiendo con el desmonte del franquismo. Por ello resulta especialmente clarividente analizar la aplicación de la “alta ingeniería política” y su concordancia con lo ocurrido en el terreno local donde, por ejemplo, se abogaba por la erradicación de la celebración del 18 de julio porque “esta fecha se ha vaciado estrepitosamente de sentido y queda en evidencia su desnudez y carencia de valores humanos y cívicos”⁶⁴.

En todo caso, los recuerdos de la mayoría de aquella clase política comparten esa visión “modélica” de comportamiento e ideología “moderada” que con no pocas dosis de nostalgia evocan desde un presente, para ellos, bien distinto. No se aprecia interés por remarcar los problemas que les separaban, no siempre de base ideológica, que llegaron a ser un verdadero lastre. Estudios anteriores han descrito el perfil del votante de la UCD como inestable, poco fiel, mal informado, pasivo y “poco dispuesto a colaborar con el partido”⁶⁵. Un 17 % se consideraba franquista, tres cuartas partes se veía como demócrata y un 60 % sostenía que el partido defendía los intereses de empresarios y trabajadores⁶⁶. Esto nos llevaría a pensar que gran parte del votante del centro estaría ubicado en “la derecha moderada” y mucho menos podríamos hablar de un sector moderado de todo el electorado español. Es decir, por encima de moderados eran conservadores o más propiamente de derechas –por fin, la tan necesaria derecha civilizada–, lo que no impide también concederles la condición de demócratas, en su mayoría. Así po-

⁶² Entrevista a Concha Barceló, concejal por UCD en la primera corporación democrática de Albacete. *La Verdad*, 28-IX-2008.

⁶³ Ismael Piñero en el boletín interno de Albacete nº 4 (abril de 1978), “¿Dónde están las mujeres, militantes de UCD? UCD necesita de la mujer”.

⁶⁴ La primera cita corresponde a *La Verdad* del 16-VII-1977 y la segunda, en el mismo medio, es del colectivo Sagato, de 21-VII-1977.

⁶⁵ ALONSO CASTRILLO, S.: *La apuesta del centro. Historia de la UCD*, pp. 345-348.

⁶⁶ MONTERO, J.R.: “Los fracasos políticos y electorales de la derecha española: Alianza Popular, 1976-1987”, en Tezanos, Cotarelo y de Blas, *La transición democrática*, p. 500.

dríamos definir con más rigor el verdadero centrismo de UCD y concluir que esta moderación no tiene nada que ver con posturas ideológicas y sí mucho más con la actitud que gran parte del electorado demostró. Además, en UCD nunca se apostó por la movilización social en contraste con la estrategia de la mayoría del resto de partidos, lo cual debe pesar mucho a la hora de valorar el ideal de ciudadanía democrática que se defendía entre aquellas filas y que a la postre se impondrá.

Con todo, no sobran matices a la hora de caracterizar al partido porque cada provincia, cada territorio, plantea aspectos diferentes que modularon la composición de la organización y su propio discurso. Un caso relevante fue la UCD vasca que defendió con ahínco la imperiosa necesidad de establecer una autonomía basada en los derechos históricos, en la foralidad, de cada provincia, “mediante la derogación de las leyes represivas dictadas por el centralismo en los últimos 150 años”⁶⁷. Precisamente fue en Guipúzcoa donde únicamente el partido no fue capaz de presentar candidaturas en 1977, sobre todo, como consecuencia de la presión terrorista.

El desencanto de los centristas

Los exitosos resultados del partido en 1979 descansaban en bases muy precarias que condujeron a análisis erróneos y a una sorpresa generalizada con los comicios de 1982. En el ya clásico itinerario explicativo del proceso transicional –reforma, consenso, desencanto, cambio– suele atribuirse una rápida actitud crítica a ciertos sectores politizados de la izquierda. Sin embargo, no es difícil encontrar testimonios de desencantados en espectros ideológicos más conservadores que, ya entonces, denunciaron intrigas y zancadillas ajenas a la idea de democracia que decían perseguir⁶⁸. Pronto se comentaron los síntomas de desaliento en las filas centristas como consecuencia del control del ejecutivo sobre el grupo parlamentario que en ocasiones parecía una “jaula de grillos”⁶⁹. “No quiero seguir perteneciendo a un comité que sólo sabe cargarse al que le molesta para su ascensión en la escalada de puestos y al no poderlo hacer apoyado en su valía personal lo busca en el descrédito y el chisme.... Para mi, UCD no es ni Unión, ni Centro ni Democrático”. Con estas declaraciones a la prensa causaba baja en el partido José Escobar, secretario de la UCD en Albacete en un caótico 1980⁷⁰.

La incorporación al partido de la militancia se produjo en muchas ocasiones por estar en el poder y por necesitar el gobierno un amplio respaldo electoral.

⁶⁷ LANDABEREA ABAD, E.: “España, lo único importante: el centro y la derecha española en el País Vasco durante la transición (1975-1980), *Historia del Presente*, 19 (2012), pp. 53-68.

⁶⁸ El colectivo Sagato aseguraba que “de un año para acá, la euforia e ilusión de aquel entonces se han transformado en decepción, desapego hacia la política y una gris esperanza hacia el futuro”. *La Verdad*, 18-VI-1978.

⁶⁹ ALONSO CASTRILLO, S.: *La apuesta del centro. Historia de la UCD*, p. 270.

⁷⁰ *La Verdad*, 7-IX-1980.

Sin embargo, esa integración no se cuidó y se permitió la adhesión en cascada sin querer evitar que muchos “se engancharan al tren del triunfalismo” y otros confundieran la UCD “con una derecha en donde se ha incrustado una minoría de rojos no-marxistas sin peso ni valoración”⁷¹.

No obstante, el acomodo de aquellos “pioneros” en la formación política tiene mucho que ver con el referente nacional que se visualizara porque el concepto de democracia que se abría camino era muy heterogéneo e inconcreto. Se aprecia así la existencia entre muchos integrantes de la joven organización de una especie de reacción que evitara el más que presumible triunfo de la izquierda en las primeras elecciones, es decir, la UCD como una “coalición del miedo”⁷².

No faltaron los vetos a determinados personajes por su biografía política, lo que obliga a profundizar también en esta línea de investigación que sea capaz de discriminar unos casos frente a otros que pudieron pasar los filtros impuestos por la cúpula del partido⁷³. Parece evidente que en los primeros momentos funcionaba mucho el conocimiento de las personas y su posición social. Asimismo, se trataba de dar “naturalidad” al proceso sin importar la procedencia, un pasado que podía ser incómodo a muchos como confiesa este dirigente:

Ser médico, ser ginecólogo y haber asistido, que estuve diez o doce años solo en parto. Eso te daba cierto,... ibas a todos los pueblos y te conocía la gente. No buscábamos ningún perfil. Había una cosa que sí había calado en los de UCD aunque no lo admitieran después, y es que no importaba de dónde vinieras, queríamos una nueva España, que olvidáramos todo el pasado⁷⁴.

En aquellos años de mudanza no todo había cambiado. Me refiero al rechazo a la política, la desconfianza o la apatía heredados del franquismo. Aquellas actitudes, el miedo hacia el pasado y ese distanciamiento evitó un voto más alineado con los significados tradicionales de “derechas” o “izquierdas”. Y todo ello también fue posible a pesar de sonoras discrepancias prematuras que denunciaron “las formas autoritarias que han aflorado en la construcción de este esquema electoral” que han convertido el proyecto en “una pura ampliación de la Secretaria General del Movimiento”⁷⁵.

Un aspecto que generó una importante controversia en las filas centristas sería el relativo a la presentación de la formación en las llamadas comunidades histó-

⁷¹ Luis Fernando Angosto, secretario General de UCD en Villarrobledo (Albacete). Boletín interior de UCD de Albacete número 5, mayo de 1978.

⁷² HUNEEUS, C.: *La Unión de Centro Democrático y la transición a la democracia en España*, p. 138.

⁷³ Antonio de Senillosa fue excluido de las listas ucedistas por ser “acusado, a nivel estatal, muy justificadamente, de ser un antifranquista notorio”. *El País*, 8-V-1977.

⁷⁴ Entrevista a Ismael Piñero.

⁷⁵ Juan García de Madariaga en *El País*, 13-V-1977. Fue secretario del Partido Liberal Progresista que abandonaría la coalición por discrepancias en la confección de las listas electorales de junio de 1977.

ricas. Por ejemplo, en Cataluña se acusaba a los representantes de esta formación de *sucurselistas*, ante lo cual la respuesta del candidato Jiménez de Parga marcaba las diferencias con el argumento de que la propuesta que presentaban en Cataluña “no tiene nada que ver con el programa de Unión de Centro Democrático en Madrid”⁷⁶.

Para una mejor comprensión del creciente malestar entre las filas ucedistas también está pendiente de un análisis más profundo la composición de las candidaturas para las generales de 1979 cuando ya los gobernadores y el ministro Martín Villa dejaron de tener tanto dominio sobre las mismas y el partido se centró más en controlar la campaña electoral. Ya había una estructura legitimada por unos estatutos y se contaba con una primera camada de diputados que aspiraban a revalidar su poder. La voz de las circunscripciones podía tener más peso y los entramados locales podían condicionar la confección de unas listas por encima de las luchas partidarias, aunque trascendieron menos conflictos provinciales que en 1977. Desde luego hubo de haber mucha pelea de fondo si tenemos en cuenta que la renovación fue muy importante ya que 112 parlamentarios no fueron reelegidos. ¿Cómo se viviría en muchas organizaciones provinciales la llegada de “paracaidistas” procedentes de Madrid con escasa o nula relación con ellas? Cabe pensar que, dada la correlación de fuerzas, los disconformes optaron por un “correcto” mutis ante la posibilidad de ser postergados más duramente por el aparato del partido. La campaña electoral tuvo, en todo caso, un marcado carácter personal que apenas dejó ver las divisiones ideológicas internas⁷⁷. Otro tanto podemos imaginar que ocurrió con las elecciones municipales, las primeras democráticas que planteaban, sin duda, más dificultades por cuanto suponían la extensión del partido, con casi seis mil candidatos, a sus límites más extremos.

Con motivo de la crisis de gobierno de mayo de 1980 Ortí Bordás llegó a decir que “UCD ya carece de cualquier tipo de soluciones”, y empezaron a acumularse pruebas del agotamiento de la organización que contradicen el tópico de que el partido desaparecerá una vez cumplido su papel⁷⁸. Desde aquí en adelante, hasta las elecciones de 1982, la sangría no haría sino aumentar con motivo de elecciones autonómicas como las gallegas –verano de 1981- o las andaluzas de mayo de 1982. En realidad, su declive había empezado después de las segundas elecciones generales, en 1979, y las municipales que dieron el triunfo, aunque simbólico, a la izquierda y terminaron por provocar la dimisión de Suárez en enero de 1981. Así, la convocatoria del II Congreso del partido, febrero de ese año, ya representó, a pesar de las apariencias, una ruptura total que el liderazgo de Calvo-Sotelo no pudo parar. En este punto, también planteamos una línea de trabajo que nos per-

⁷⁶ *El País*, 28-V-1977.

⁷⁷ *El País*, 15-II-1979.

⁷⁸ FUENTES, J.F.: *Adolfo Suárez. Biografía política*, Barcelona, Planeta, 2011, p. 324.

mita avanzar en el conocimiento de la evolución del partido “en provincias” y de sus peleas internas, sus alineamientos y reacciones a las decisiones cupulares.

Todos estos conflictos internos, sumados a los problemas generales de una Transición que, sin duda, fue mucho más compleja de lo que se viene repitiendo, crearon una “disociación entre la sociedad civil española, los partidos y los grupos de presión” a los que no fue ajena la militancia ucedista. Se llegó a hablar de “democracia vicaria” y se apostaba, desde posturas muy próximas a la organización, de “fomentar clubes políticos y de opinión” que fuesen capaces de actuar como “revulsivo crítico de las instituciones de los partidos” que evitasen la marginalidad o desmovilización de amplios sectores sociales⁷⁹.

Se ha comentado, como indicábamos al comienzo, la anemia de aquella joven democracia a partir de la propia fragilidad del sistema de partidos, especialmente del llamado a ocupar el principal papel, por sus luchas intestinas, lo que habría que constatar también en los niveles territoriales del poder político y no sólo en el gobierno central. ¿Se produjo esta situación en los poderes municipales allí donde UCD se alzó con la alcaldía en 1979? ¿Y en las incipientes Comunidades Autónomas? ¿Se reprodujeron las desavenencias o, por el contrario, la estabilidad fue la tónica dominante?

Fue un partido de notables con potencial para atraer a las masas, por lo que Caciagli lo caracterizó como “conservador-reformista, de masas y populista, con capacidad de integración de sectores sociales humildes sin dejar de representar fundamentalmente a una elite de intereses económicos”⁸⁰. No obstante, conocemos situaciones que deben ser contrastadas pero que apuntan en una dirección diferente a la admitida en buena parte de publicaciones ya que:

la gente que se fue incorporando al partido con posterioridad a las primeras elecciones no pertenecía a ninguna de las facciones o familias señaladas, sino que más bien eran partícipes de una conciencia colectiva de partido. Es decir, las bases no eran liberales, socialdemócratas o democristianas, sino que eran ucedistas, eran seguidores reales de Adolfo Suárez, y cuando éste abandonó la coalición (su coalición) los simpatizantes del partido a nivel inferior (localidades, comarcas, provincias) se sintieron huérfanos de su líder fundador⁸¹.

Los problemas nacieron entre los “pares” que rodeaban, jaleaban o cuestionaban, según las circunstancias, al líder. Las desavenencias entre notables/barones –Garrigues, Ordóñez, Álvarez de Miranda, Martín Villa– provocaron la caída de la organización ya que la tripulación abandonó, casi en bloque, el barco a la

⁷⁹ MORODO, R.: *El País*, 28-IV-1981.

⁸⁰ CACIAGLI, M.: *Elecciones y partidos durante la transición española*, Madrid, CIS, 1986, pp. 237-241.

⁸¹ CANDELA SEVILLA, V.: “La experiencia democrática del partido de la Transición: la UCD en Alicante (1977-1982)”, p. 88.

deriva que empezó su hundimiento con la moción de censura en mayo de 1980. A pesar de la creciente fuerza de la oposición, en especial del PSOE, de la intensa presión social, consecuencia de la crisis económica y del paulatino agravamiento del problema etarra, el enemigo más importante de la UCD estaba en su interior. ¿En todas sus instancias?

En este punto, tampoco encontramos material suficiente que explique los alineamientos de las bases con las diferentes facciones cupulares. De hecho, en la ejecutiva elegida en el segundo congreso los disidentes –tácitos, democristianos y liberales- sólo obtuvieron nueve representantes de un total de 37, lo que en teoría daría lugar a un notable control del partido por los “oficiales”.

El 27 de noviembre de 1980 *El País* publicaba un artículo en el que se daba cuenta que “sectores financieros, eclesiásticos y militares propugnan un gobierno de gestión con Osorio”. Una veintena de diputados de UCD ya habían firmado una moción de censura contra el presidente Suárez. Qué ajenos a todos estos planteamientos parecen estar los posibles votantes, las bases del partido y los cargos de segunda y tercera fila.

La crisis entre los dirigentes no siempre concuerda con lo que se aprecia entre la militancia y la segunda fila que analizamos. Las bases fueron incorporándose a la organización por diferentes motivos y vivieron con distanciamiento las diferencias cupulares y los ataques al líder. Como se ha demostrado en Jaén, “el desarrollo de la crisis del partido, a diferencia de lo que pasaba a nivel nacional, se veía como una posibilidad de potenciar la organización de UCD ya que en el ámbito provincial, el proceso de identificación con el partido como tal se hallaba más extendido que a nivel nacional”⁸². Muchas bases se sentían plenamente ucedistas porque se trataba de individuos que se habían incorporado progresivamente sin pertenencia previa a ninguna facción política. Podríamos confirmar pues una auténtica conciencia colectiva de partido entre muchos militantes que incluso vivirían la celebración del segundo Congreso Nacional, marzo de 1981, como una experiencia positiva de consolidación.

La carencia de una estructura regional fue un importante lastre que impidió el fortalecimiento de la organización en momentos de divisiones internas “por arriba”. Desde luego, en el caso manchego se constata también la separación existente entre la organización provincial y sus parlamentarios así como con respecto a la dirección del partido. Dicha relación de “inferioridad” con respecto a Madrid contribuyó a que no pocos abandonaran sus incipientes experiencias partidarias aunque, asimismo, no faltaron los que se resignaron y contemplaron

⁸² GÓMEZ FÉRNANDEZ, A.B.: “El partido de la transición democrática: La UCD en Jaén 1977-1982”, en R. Quirosa-Cheyrouze, L.C. Navarro y M. Fernández, (coords.): *Las organizaciones políticas, IV Congreso internacional sobre la Transición*, Almería, 2011. CD-Rom, pp. 397-412.

como campo “propio” al ámbito municipal o provincial, es decir, ayuntamientos y diputaciones⁸³. En todo caso, habría que matizar aquellos casos en los que una determinada elite local pudiera tener amplia representación en la cúpula del partido en Madrid, como podría ser el caso valenciano⁸⁴, del resto donde las diferentes corrientes internas apenas dejaban ver con fuerza sus diatribas⁸⁵. La primacía del criterio provincial en la organización del partido se dejó notar hasta sus últimos momentos. Así, en el verano de 1982 la sangría de cargos y militantes demostraba que el partido no había sido capaz de crear estructuras sólidas de carácter “autonómico” que superaran las desavenencias ideológicas y de otro tipo⁸⁶.

Para entonces parece haberse extendido también el fenómeno del desencanto entre las filas ucedistas de base. Dicha actitud es el resultado de la creciente inquietud generada por la falta de estabilidad del sistema democrático, especialmente significativa a lo largo del año 1980, que, ente otras cosas, daría lugar a un notable debilitamiento de la participación política ya que aumentó el abstencionismo, cayó la afiliación de los partidos y aumentaron los conflictos internos, muy graves en la UCD⁸⁷. La ruptura del partido también vendría dada por la facilidad de muchos dirigentes para encontrar “hueco” en otras formaciones políticas con posibilidad de seguir ejerciendo el poder. No obstante, este proceso tampoco se puede generalizar porque muchos testimonios reconocen su dificultad para comprender la crisis del partido, las luchas internas, de naturaleza eminentemente personal, que les llevaría a una prematura desconfianza de la política. Dicha desafección se tiñe de acritud contra las actitudes de las formaciones políticas que hicieron posible la crisis de UCD pero, también, contra aquellos correligionarios que se preocuparon más por sus propios intereses que los del partido⁸⁸.

Conclusiones

Una vez más, en todo este tipo de indagaciones, se echa en falta el papel de la sociedad, la presión de los movimientos sociales, y se reduce todo a una cuestión de elites. En un contexto de creciente crisis económica, superada la fase analgésica de los Pactos de la Moncloa, los sindicatos volvieron a tomar la calle y los partidos de izquierda, superada la fase del consenso, arremetieron con fuerza frente a un partido, UCD, que daba claras muestras de agotamiento⁸⁹. Esa situación hizo cada vez más insostenible la unidad artificial bajo la marca centrista y provocó

⁸³ HUNEEUS, C.: *La Unión de Centro Democrático y la transición a la democracia en España*, p. 233.

⁸⁴ GASCÓ ESCUDERO, P.: *UCD-Valencia. Estrategias y grupos de poder político*, Valencia, PUV, 2009.

⁸⁵ HOPKIN, J.: *El partido de la transición: ascenso y caída de la UCD*, p. 132. Habla de la “limitada presencia territorial de las corrientes del partido”.

⁸⁶ *El País*, 7-VII-1982.

⁸⁷ HUNEEUS, C.: *La Unión de Centro Democrático y la transición a la democracia en España*, p. 348.

⁸⁸ HOPKIN, J.: *El partido de la transición: ascenso y caída de la UCD*, p. 210.

⁸⁹ SUÁREZ, A., en *El País*, 8-VIII-1982.

una salida en tromba para buscar un lugar más propicio desde el que esperar un cambio político que parecía irrefrenable propiciado por “el fracaso del centrismo residual”⁹⁰.

Es preciso profundizar en el papel de los políticos y militantes que se enrolaron en esta formación y que han interpretado, con el paso de los años de manera muy positiva, excesiva tal vez, su contribución a la cultura política de la Transición. Según su versión, pagaron un alto precio, ofrecieron más generosidad y, sobre todo, consenso que el resto de formaciones políticas y se arrogan el éxito de un cambio que pilotaron y que los demás apenas secundaron. Políticos “reformistas” que no siempre demostraron ese “sentido de estado” del que suelen alardear y que en todo momento han intentado apropiarse del proceso y que también se prodigan en “provincias” extendiendo la imagen hipertrofiada que prevalece sobre “*el partido de la Transición*”⁹¹. En esa exitosa explicación la victimización que se sigue manteniendo de la UCD y la reivindicación postrera de Adolfo Suárez encajan a la perfección. Resuenan otra vez aquellas palabras del dirigente ucedista José Luis Álvarez a las puertas del primer congreso del partido: “El Centro es ante todo la democracia, ... que esta vino de la mano de los centristas agrupados alrededor de Suárez, “y no de las izquierdas o de las platajuntas”⁹².

Los partidos políticos, junto al eferescente asociacionismo de los 70, actuaron como verdaderas e informales escuelas de democracia, aunque aquellos con una génesis más elitista, como la UCD, evitaron un comportamiento más participativo de la sociedad civil y contribuyeron a crear un modelo de ciudadanía limitada sin poderes que constituye uno de sus principales legados, a saber, el monopolio de la representatividad política por parte de los partidos con el objetivo de garantizar su estabilidad, cediendo un poder casi ilimitado a sus cúpulas dirigentes⁹³.

⁹⁰ FUENTES, J.F.: *Adolfo Suárez. Biografía política*, p. 451.

⁹¹ ORTIZ HERAS, M.: “Nuevos y viejos discursos de la Transición. La nostalgia del consenso”, *Historia Contemporánea*, 44 (2012), pp. 337-367.

⁹² *El País*, 20-X-1978.

⁹³ BENEDICTO, J.: “La construcción de la ciudadanía democrática en España (1977-2004): de la institucionalización a las prácticas”, *REIS*, 114 (2006), pp. 104-136.